ANTIFAZ*

POR

JOSE MARIA GUELBENZU

¿Alguna vez vio alguien cosa más patética que un hombre sentado en la taza del retrete? Yo no. Es una experiencia impagable. Virgilio y yo guardamos vivamente la impresión semialcohólica de un *water* de taberna abierto repentinamente a la una de la madrugada y lo que allí dentro vimos. No es tendido en la playa cuando uno debe recordar estas cosas, pero tampoco sé cómo es que la imagen me ha venido a la cabeza así de pronto, de manera que no pienso salirme de debajo del sol, gateando por la arena hasta la tienda, a mojarme la cabeza un poco y sentarme luego en la terraza del bar leyendo el diario y bebiendo una ginebra helada con adorable meticulosidad. Muchas veces, aunque uno solo pasee por la calle a media tarde, o se encuentre tomando café, o acuda a su trabajo con modestia, se tiene la sensación de estar anochecido, entumecido y alcohólico, meando con cierta desesperación en algún mugriento *water* de la capital. Es algo consustancial con la vida de aquí para allá que ratoneamos, un poco solos y tristes y republicanos, un poco de vendedor a domicilio que se toma sus últimas copitas en los rincones conocidos, obsérvese el asunto. Muy importante la erosión del patetismo en el rostro humano, muy espontánea, incluso más que ese momento en el que, por ejemplo, me introduzco un pedazo descomunal de manzana en la boca, y uno no lo hace por enfrentarse al medio combatiendo la educación de pelarla y partirla en pedacitos decentes con el tenedor y el cuchillo, sino simplemente porque le cabe. Supongamos que en este mundo nuestros dos únicos traumas fueran: la muerte, por un lado, y la comunicación por el otro; entonces el patetismo no sería más que una erosión de las formas externas de comunicación, empezando por el rostro, y la erosión va dibujando con suma paciente espontaneidad las líneas maestras de un cadáver, curiosa recuperación circular del otro trauma; pero no nos asustemos; afortunadamente, hay muchísimos más de dos. Y bien, David, la divagación es la más abyecta de las erosiones (y referida a la muerte, ahora, dañina), al menos bajo el calor espantoso y los efectos del cerebro tostado. Esta mañana no sabré por qué razones la idea del patetismo me está circunvalando. Bajo este sol pastoso que

* Capítulo de la novela del mismo título que aparecerá en la Editorial Seix Barral.

desciende a plomo uno no desea otra cosa que consumirse, ayudándose de alguna historia cruel para matar el tiempo (shh). Expresar mis inconexos pensamientos provoca la sed más espantosa de que nunca hubo noticia junto al mar. Florence, qué asco, los labios están volviéndoseme pellejos sarnosos con tanto sol. Es lamentable pensar en Florence, la tengo ahora mismo demasiado cerca, paradramática y silente. Ahora hace dos años justos: un español singular, por mi parte, ja, ja, risas amargas. La invitación de Guillermo para salir de «camping» estaba demasiado cerca de un paseo por la Gran Vía a las dos de la noche buscando alguna forma gratuita de descongestionarse las vías genitales. Deberíamos ser como Guillermo, rastreadores de un cuerpo donde pudiésemos pasar con mejor o peor fortuna nuestra película sexual y después abrigáramos bajo la cremallera los sucesos. Sí, pienso en Guillermo, en cómo puede no ver expresar dolor y gozo a un ser humano, serenidad y ternura, no verlo en las horas frías de la madrugada dormir, no comprender sus ropas íntimas, sus pequeños gestos, su carne de gallina o su impermeable. Deliberadamente sentimental, es cómodo que a uno le lleguen los sentimientos casi a la altura de los ojos. Tabaco, por favor. Ah, por un momento me dejo arrastrar en los recuerdos, acaso si manejara el transistor, un poco de música maravillosa, pero a esta hora un insensato dirigirá un revoltijo de éxitos de siempre, y se corre el riesgo de escuchar otra vez *Passion flower, Estremécete, You are my destiny,* todas aquellas canciones de los primeros tiempos, el *cup* y el tabaco rubio para las chicas, cuando empezamos a bailar apretados en los guateques, *bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez,* pobres de nosotros. Si no me falla la memoria, será mejor abandonar el tema, no es correcto tostándome al sol, este tipo de recuerdos puede ser doloroso escarbándolo, o si no, displicente hasta la somnolencia, sí.

Retirándose el mar hacia su zona de máxima bajura, esta playa parece como si debajo de ella estuvieran enterrados tres o cuatro gigantes y en la huida marina les asomaran las calvas, mondas convexidades de arena, rodeadas de charquitos de agua a los que el sol enceguece a ráfagas para los melancólicos paseantes solitarios al borde de la levísima línea de espuma. Han debido alejarse tanto para llegar al borde y se les ve tan diminutos ante la mar que componen en realidad varios cuadros dramáticos de atardecer, desde el punto de vista de unas gafas ahumadas como las mías por las que la impresión deriva hacia el gris con toda suavidad. Ah, qué hermoso es denominar poéticos a los agradables fenómenos de alrededor, cual es el caso de este personaje en bañador que me recubre; e inmediatamente de consentido el efecto, distensión de músculos, piel y fibras generales, hasta

siento ganas de conectar la radio e incluso escuchar alguna piececita de Tchaikowsky, ese fastidioso melómano. Oh, oh, la euforia tiene un límite. Al diablo la música; debo advertir al buen labriego que cultiva su huerta pocos pasos al noroeste del supermercado que se fabrique un buen espantapájaros para espantar urracas, ayer conté cuatro posadas en los maíces. O no necesita espantapájaros, le bastaría con simples cajas de embalaje, preferiblemente cartón, montadas sobre unos cuantos palos; dan un inusitado aspecto de basurero a los maizales. Había maíces alrededor del «camping», ¿verdad, Florence?, maíces que daban al ventanillo posterior de vuestra tienda, eran hermosos con sol o con lluvia, eran, en realidad, como la única fijeza de alegría, de serenidad, que teníamos cerca. En fin, también es cierto que el ambiente del «camping» es muy distinto al del pueblo, porque los hechos son más comunes o la gente parece más viva incluso; vamos a los bares de reunión en la zona de los apartamientos para sentirnos felices de tomar una copa de vino o de ginebra y nos golpeamos con el minucioso ejercicio de la ciudad, los cuerpos, caras y conversaciones, las agujas de hacer punto amenazándonos como un inquietante insecto zumbón y venenoso por la punta; en el «camping», verdad, no han venido a hacer punto para sobrevivir hasta el día siguiente, ni necesitan la rebeca, la falda de piqué y los alucinantes cestos atiborrados de ropa, comida y termos para bajar a la playa.

Por ejemplo, cogíamos el atajo (levantado entre matorrales de la playa) a la estrecha carretera de tierra rojiza y sobresaltada por las lluvias del otro día; y, por ejemplo, seguía el ascenso de tu cuerpo delgado, la destreza sinuosa y menuda de tus pasos ligeros evitando las piedras y el barro como si bailases de felicidad, luego deslizándonos agazapados bajo los árboles del borde divisando entre los claros de las ramas volcadas hacia el mar la maniobra del diminuto velero; podíamos bajar, frenándonos con los talones, asustados de embalarnos hasta caer, las laderas espesas de hierba, hacer el amor bajo otro grupo de árboles volados sobre el agua, permanecer desnudos largo tiempo, bajar a las rocas y nadar muy despacio, minúsculas gotitas de agua brillante sobre el rostro; yendo arriba, al pequeño pueblo de paredes grises y tejados rojo húmedo, al camino de pescadores plagado de babosas, a la punta de tierra adentrada en el mar donde buscabas cangrejos velocísimos o hacíamos el amor frente al mar abierto hasta que el agua comenzase a cubrirnos sin que al final tuviéramos valor para ahogarnos y había que salir volando, como cuando no nos llegó el tiempo para calzarnos los bañadores y nos dimos de manos a boca con una digna familia y todo era perfecto, un momento inolvidable, una alegría de vivir. Jugábamos bajando de vuelta a la

carrera y caíste rodando, te devolví en hombros a la tienda siguiendo los andeles de un carro que bajó por allí alguna tarde; oh, aquella sucesión de momentos como muy absolutos, pero sólo existe lo que sucedió y ahora es una meditación entristecida, bah, la memoria sensible volverá alguna otra vez, otra vez como ahora en que quizá sea profundamente hermosa como la misma extensión de los maíces lentos y húmedos de la madrugada y ah cállate, no sea que descubras las raíces del ser y del devenir y habría que pegarse un tiro luego, como si tal cosa. En pie, ninguna dulce muchacha estaría dispuesta a cubrirme de nivea. Si no fuera perezoso como una vieja tortuga estaría chapoteando un *crawl* mar adentro o por lo menos mejor fuera mojarse la cabeza; los cabellos ardientemente rubios del joven David resplandecen tan sólo en mi propia y mezquina imaginación, bien pudiera mi terrible antepasado del libro de los libros trocarme en un condenado guerrero de la Metro. Ah, caballeros de la Mesa Redonda, este pobre bufón se aprestaría a divertiros por unas migajas.

Florence no es bella, es hermosa. Tiene en su mano derecha la cicatriz de una mordedura de perro desde los siete años y se aparta temerosa de ellos, aun de los más pequeños; y se pasa el dedo índice bajo la nariz como si le corrieran hormigas por el labio. Recuerdo muy bien que Guillermo estaba detrás de mí y pronunció la tosca frase: «Aunque no está mal, la que está increíble es la otra; palabra que te las traigo esta tarde a la tienda». Me hizo gracia, pero lo cumplió y hubiera deseado enviarle al infierno no entonces, sino ahora, aquí. Pero quizá hubiese sido una tontería porque yo no puedo quedarme en casa o comprar una *vieille maison à rétaper* con mujeres dentro, no tengo dinero, no tengo un maldito céntimo desde que liquidé la vida de familia y estoy hasta los cojones de cenar pan con aceite. Pero no es tan malo mojarse la cabeza, pensar en Florence y empaparse el pelo, advertir hilillos de agua deslizándose por el rostro abajo. Siento una necesidad de empaparme las mismas gafas oscuras y caminar a lo largo de la playa mojándome los pies en la línea de agonía del agua, como en los viejos veranos del recuerdo, ah qué cosas, llega un momento en el que lo mismo descubrimos que el hombre es capaz en efecto de un cierto estado de solidaridad, discretita y sin ambiciones, una pizca histórica tirando a verde oliva, momentos de gran emoción y tal; y el lío que transporto en la cabeza es tan tremendo como para tomar y guardar el cerebro en agua una buena cantidad de tiempo; lo tendría en el lavabo y lo vigilaría todas las noches, cuando fuera a lavarme los dientes, o mejor en un vasito al lado de la cama, como las dentaduras postizas. Florence, me temo que esta tontería no te hiciera ninguna gracia, no vayas a creer que me la hace a mí; también desearía evaluar cuánto

hay en ellas de locura, de *showman* y a lo mejor de humano, y cuánto —exactamente— de hábito pernicioso; estaría dispuesto a reconocer que hasta de movimiento de autodefensa, esa costumbre tan psicológica. Florence, yo quisiera saber por qué soy un tipo molesto y me dedico a repeler conscientemente a los otros por el sólo hecho de conocerles, y a otros por desconocerles, y a otros porque me da la gana y a otros porque es como si me lo pidiera el cuerpo. No pienso exculparme contando que carezco de la intención de herir, porque a partir de determinada edad que por dudosos sentimientos no quiero especificar, se va adquiriendo la progresiva sensación de que aunque no sea una salida —si es que hay alguna—, sí es una forma de estar en este cochino mundo, o de no estar, pero cómo voy a explicarte esto si no vas a entender ni carajo, tú me dirás. Y puedo recordar con toda facilidad aquellos momentos prodigiosamente estúpidos en que se creen una cantidad tremenda de cosas y hacemos perfectos garabos solidarios, verdaderas pruebas de fuerza con el espíritu, el cuerpo y otros anexos sentimentales. De ahí proviene un curioso David de estilo pasivo, no escéptico sino inútil, quiero decir ¿qué hemos hecho para que todo suceda así? Porque del otro lado la gente es muy feliz y sigue haciendo cosas (aunque no sea nada feliz, entiéndeme), hay tanta hermosura, y serenidad, y paz, y conciencia clara e ideas evidentes como para permanecer tranquilos; puede que nuestra infelicidad sea mezquina, pero en todo caso no lo es menos que la de ellos; y háblales, verás que han conseguido terminar el *puzzle* y están tan lejos de todo con su maravillosa conciencia, son simples, invertebrados, supervivientes que jamás dudan haber conjurado la terrible amenaza de la pequeña burguesía o el marxismo-leninismo, según los casos, tanto da. Comprenden el mundo, torpes y miopes como topos, tú fíjate, comprenden el mundo, y muchas veces perdonan o sienten respeto o cosas por el estilo; pero qué nos importa a ti y a mí en realidad su miserable apariencia de triunfadores, qué va a importarnos cuando de pronto tú quieres arrojarme a la cabeza la lata de petróleo y yo he deseado estrangularte alguna vez y diluyo esta intención en una especie de cinismo chispeante, Florence; por qué si somos dos suprimibles estamos destruyéndonos, por qué les pasamos a ellos la película, dejamos que nos condenen y nos perdonen y nos arrumben y nos conviertan, les hacemos sentirse felices, regresar al hogar, valorar su capacidad profesional, sus ideas liberales o su seguridad fascista; por qué vamos a ser diferentes de los rateros, los quinquis, los gitanos; por qué nos destruimos, Florence; por qué te vas, dímelo (oh, ayúdame a callar, Florence, no debo saltar, no quiero destruirme, lo necesito); supongo que no sabías dónde íbamos a terminar, la clase de tipo que era yo; una hermosa muchacha bajó de Lyón; ojalá te

hubieras quedado allí y no hubiese yo tenido que probar a entender nada desde este rincón, Florence, pero no me abandones, yo no sé qué puedo prometerte, pero no lo hagas; no voy a echarme atrás, pero inventaré algo, pero no te vayas. Ahora serías capaz de saltar histérica de risa o golpearme hasta caer agotada al suelo si te dijera que te amo, y es cierto que te amo, Florence, muy gracioso e ineficaz ya, como no lo he hecho nunca excepto contigo, desearía hacerte feliz como algo que no sé qué es y lo deseo; mucho más de todo lo que pueda lamentar que un día nos encontráramos haciendo el amor entre el silencio pesado de las tiendas, o quizá tú no has querido más que volver a visitar todos los días aquellos días, pero no, Florence, o entonces seguro que no sé por qué te amo, que no lo sé, además, pero tampoco nos interesa. Pero óyeme, recuerda que también comenzamos juntos porque estábamos fuera, lo sabes, y ahora van a ganarnos la partida con las manos limpias, una operación correcta: yo acabo contigo y tú conmigo. Y sí me importa porque estamos debajo del bien y del mal, del orden y del juego, y es horrible que solamente podamos destrozarnos durante todo el día y hacer el amor, agotados, vengativos, recelosos, a la noche, encasquillados en esta especie de maldita cueva oyendo hasta volvernos locos los pasos de la gente por encima de la cabeza, continuos como si ya se hubieran detenido y permaneciese un hábito de retumbar todo el techo, penetrándonos o chillando como energúmenos nosotros entretanto. Florence, no te vayas, nos destruimos por la pura desesperación de amar y no es justo, Florence, no debe ser así, no debes irte, por favor, no me abandones, no lo hagas, Florence, no me abandones.

Debajo de la carpa hay un silencio lúgubre que se prolonga por las costuras de la tela impermeable y en el larguero transversal del techo descansa y se extiende. Uno puede estar sentado en el suelo con la actitud de un pensativo e incisivo Buda de marfil, dejando caer la mano que sujeta el cigarrillo sobre los tobillos cruzados. Puede estar pensando o solamente inmóvil, perdidos los ojos en el color naranja de la tienda. Pero pienso, prefiero continuar mi vieja meditación bajo el sopor de la carpa y el vaso de ginebra a la derecha, con un dedo de agua nada más, Florence. Florence, no conozco Lyón, supongo que será una ciudad grande y perdida, quizá sea como San Sebastián y llueva a menudo durante el invierno, de esa manera como se moja París, en la que luego uno sale a dar una vuelta entre los charcos y descubre la extraña tristeza del Boulevard Arago, melancólico y húmedo. La gente hablará francés y comprará Gauloises cerrando los paraguas bajo el toldo del estanco o refugiándose en las terrazas de los bares rodeadas de cristal para tomar una antigua copa de *Pernod;* es muy hermosa Francia

cuando uno llega y camina fascinado por las ciudades, que parecen más limpias y frescas y son distintos los colores de las tiendas, los anuncios, los diarios, los automóviles, los cinematógrafos, yo mismo comprando y paseando libros que no leeré jamás porque las librerías son tan grandes y hay tantas cosas. Florence, podríamos haber viajado a Francia muchas veces en un viejo dos caballos que quizá hubiésemos comprado de segunda mano, y lo más seguro es que se le soltaran las ruedas al arrancar, gris y feo, maravillosamente incapaz de hacer una media de noventa; podríamos haber hecho tal cantidad de cosas como para no haber tiempo de respirar más que el oxígeno mínimo y comer bocadillos de *foie-gras,* muchísimo *paté de foie-gras* y cajas enteras de botellas de leche. En fin, una bonita maravilla fantástica. En realidad qué es lo que hemos hecho, independientemente de todo lo antedicho. Tengo el cerebro como en otro lugar, no recuerdo que hayamos hecho otra cosa aparte de ser felices a ratos y no serlo casi siempre, levantarse y trabajar y comer entre medias, volver a casa, dormir, tanto salieran bien o mal los días porque estábamos por encima de ellos y de nosotros mismos aunque nosotros prefiriéramos que trascurriesen los días, terminasen y ya; o no, estoy mintiendo, lo prefería yo y tú peleabas como un pobre diablo cogido en la trampa al salir de la cama. Quizá, de todas maneras, no pretenda más que acariciarme un poco la barriga o echarme apaciblemente las culpas, entonces hablo tranquilo y no me importa aceptar todas aquellas cosas que nunca he aceptado hablando, chillando contigo. En el espejo que cuelga del palo posterior me parece que tengo un cierto aspecto suficiente, satisfecho, pero muy hijo de este siglo, hambres y dramas, la bomba atómica y la guerra fría, una pizca de nihilismo y la leve sombra de la barba que rasuré esta mañana; para ti, para Florence acorralada, supongo que no es un rostro perdido, imagino el efecto que te causaría explicándote escatológicamente mis actitudes de vida en un cisco de los habituales sobre el pescado del día o alguno de mis despilfarros particulares: curiosa esta manera nuestra de destruirnos mínima y satisfactoriamente cada día, una labor de hormiga inteligente y sin prisas, minuciosa, eficaz: un modo de vida, una manera de establecerse despacio e incluso olvidando el lógico final de vez en cuando. Florence, nunca te traje flores, ahora lo recuerdo; quizá tuvieras razón y yo soy un especialista en egolatría, es un detalle tan importante si uno sabe lo que simboliza... es probablemente que (no sé) fuera fácil hacerte feliz, o mejor dicho: contrarrestar (probablemente tampoco deseabas eso, una manera de hacer más cotidiana la destrucción, más ínfima, más encantadora); pero tampoco deberías dejarte seducir por tipos metaignorantes como yo; no, nunca te compré flores, rosas rojas punteando un ramo de varas de almendro

que revienta de capullos rosados, Florence, y estoy descándolo ahora, te juro que a punto de llorar.

¡Cualquiera le da vueltas a las razones por las que te viniste conmigo! Con seguridad más simples y táctiles de lo que yo crea, pero yo soy quien desea contestar. He meditado a menudo el trabajo que me llevaría seducir a una muchacha española y pienso que no demasiado, aunque sea muy pedante ir diciendo que conozco sus resortes, pero mi estilo de educación lo hace factible, y hablo de las muchachas habituales de mi clase, subsección de honestidad, libertad futura y apego a la tradición para no encontrarse un día en una cama sin las espaldas cubiertas, tú me entiendes, supongo, porque hemos hablado de ellas, y realmente es fácil por más que debamos utilizar los modales de un novio, valga la expresión, quiero decir ahora, claro, no cuando las frecuentaba como un dulce soñador encogido muy lejos del final de sus estudios. ¿Pero a ti por qué te atraigo?, y lo sé, y debo preguntarlo, es muy confuso, quiero decir que quizá el descubrimiento de la realidad del mito, de mi propio subdesarrollo, caprichoso, tarado, irracional, te ha convertido en esa persona que no puede soportarme, excepto en la cama. O es probable que la muchacha española tampoco lo hubiera soportado. O acaso es la miseria económica, *mi* manera de conducir e imponerte esa miseria tal como yo la entiendo; sin embargo antes que esto para ti ha sido mi pasividad y sus paralelos, imagino, lo que viene a ser lo mismo, está entralazado; ¿o te estoy supervalorando de alguna manera sentimental?, a lo peor de esa forma por la que uno espera irracionalmente conseguir la recuperación de algo, qué irresistible banalidad, ¿no? De modo que ¿cuál es la razón por la que yo te amo? Continúo sin saberlo, y esto es como confirmar que mi pregunta a ti era inútil, lo es ya, claro, ahora con el maldito suceso, cuando no hay remedio por fin. Deseo tu cuerpo, tu cualidad de moverte o el estilo de ocupar un lugar, estar y respirar, tus ademanes, pero no sé lo que significa todo esto, el mismo desear volcarme ya perdido entre arenales de cinismo cómodo, eso deseo y en eso te amo. Y adelante: ¿por qué casarnos? Es como creer que todas nuestras fobias las vamos a encarrilar y, ahí está, se han vuelto contra nosotros mismos, la opresión, el miedo y la miseria, tantas más, todas. Oh, no, excelente estupidez. O las razones por las que yo lo hice, al menos, puesto que representan una curiosa faz de mi inutilidad, pues de qué sirve desencallar de tantos lugares (pura ficción), cómo uno puede sufrir o imaginar que ha sufrido si, en última instancia, las coordenadas de enfrente le tienen cazado sin necesidad alguna de ir a por él en directo, tan sólo deviniendo como son y han sido siempre (¿por esto se hunde una pareja?), la fatídica

sirena que oímos cantar desde la cuna, esa dulce envoltura total que nos vuelve existencialistas y neuróticos al final del bachillerato, impoluta en su esencia, poseedora hasta el final, como una graciosa y aérea quinta columna arrullándose en los canalillos del cerebro. Podríamos haber vivido en Francia y ya he perdido la noción de cuál era la diferencia; podríamos haber hecho mil cosas excepto casarnos, pero somos primitivos y torpes, estamos bajo la red, nadie se libra de sus ancestros y animalmente funcionamos desde tan atrás de la tradición. Podríamos habernos unido al fin y al cabo, pero es justo lo no conseguido jamás, mientras aplicábamos ceremoniales y protestas en un rincón de la habitación. Cuál es, Florence, el valor que otorgamos a nuestra capacidad de vivir con los muebles imprescindibles y la obsesión extenuante del alquiler, si sólo esas formas nos han hecho caer en aquellas taras que no estaban dentro de nosotros ni lo estarían nunca mas que en potencia, en la potencia de un raíl de generaciones y ya, mientras pensaba y pensaba a causa de ellas que la ciudad se empequeñecía y yo necesitaría abandonarla, hurgar otros lugares donde pudiese vivir más cerca de mi nuevo estilo, ja, mejor digamos mi antiguo y fraternal desastre, ese viejo compañero, ese viejo animal de la infancia; lástima, de nuevo la tarea de rehacer tantas cosas pero ahora, en el ahora exacto desde el que te hablo, de este lado, no puedo sino decirte a la desesperada no me abandones no me abandones, créeme, es lo único que puedo hacer por nosotros dos porque es inútil que no te vayas y es alucinante que lo hagas y ni eso pueda retener ya, pero claro, no te vayas. He aquí que desenvuelvo cuidadosamente un cigarrillo, es notable existir agarrado a estas hebras, sorbiendo humo, necesitar las briznas que desmigo en la mano para charlar contigo un rato, un lugar y un sentido, hacer ese benévolo examen de conciencia que ha de realizarse en ocasiones tales; malo este momento para acercar recuerdos y quién sabe a dónde nos llevarán. Desearía sentarme fuera de la tienda, tenderme boca abajo, el periódico abierto, el humo del cigarrillo y la lectura trasegando ginebra helada. Sí, porque estoy aquí particularmente enfangado en un asunto que no me gusta, necesito un mínimo de humor para desarticularlo con bromas pesadas, frases graciosas y cínicas. En su conjunto ha sido una mala idea venir al «camping», a pesar de la tienda gratuita y otros accesorios, incluso los últimos pedazos de tu paga extraordinaria; ha sido tan espantoso como para que ahora yo tenga que ordenar mis actuaciones pacientemente: vicio adquirido en las congregaciones de los colegios de pago, ahí donde tú me ganas, tu origen escolar está más cerca de un liceo ramplón y óxido. Ah si hubiera yo sido persona sensata! Caminarías por espesas alfombras y títulos de ingeniería, compensaciones sumamente interesantes.

Sí, temo que la miseria te haya sacudido más de lo que yo creo (a mí también, la miseria no une, en todo caso la lucha contra, y un matrimonio no es una masa a determinados efectos), temo que siempre has deseado salir del saquito pequeñoburgués de tu familia, pero conmigo no te engañabas. Bueno, creo que ya estoy suficientemente convencido de que nos engañábamos, es decir, no sabíamos, es decir: *pas* de tema. No te hago ningún favor, pero comprende que necesito coartadas, una o dos simplemente, sin ostentación. Historias que corroen las tripas con exactitud destructiva, no me obligues a pensar otra vez en el lejano encontronazo en la playa, no es juego limpio de tu parte, soy tan sentimental. Estoy rememorando, por ejemplo, retrocediendo unos días tan sólo, el viaje en tren, no antes, las últimas horas de nuestra estancia en Madrid, no sé cuándo te he visto antes tan cuidadosamente feliz en los pequeños instantes preparando las cosas, vuelvo a mi ocupación favorita, el estudio de ademanes, sí pero eso era exactamente, curiosa nuestra capacidad de sentirnos posibilitados para rehacer una notable cantidad de mundo gracias a que vivimos por minutos sentidos y en cada uno de ellos cabe toda la esperanza que seamos capaces de ocupar haciendo no sé qué. Tuvimos durante el viaje una enorme capacidad de humor. Reías como si la risa fuera para ti la más hermosa forma de estar viva, curioso, no lo recordaba, puedo asegurarlo, gente increíble la del compartimento; y dormiste sobre mí, vaciando el aliento en el hueco de mi camisa, me puso muy sentimental, es verdad. Hoy en día uno es capaz de creer (claro, imagínense la situación) que todo puede solucionarse, y es un error triste y cómo vamos a obviar la única desdichada manera en que hemos ido estando juntos. No, poco sabemos en realidad, o poca capacidad de amar si es que amar resulta una mensurable situación-límite ¿lo es? aunque crea eso supongo que ha sido mi coartada para tapar demasiados asuntos entre nosotros dos. ¿La forma límite? Oh, bueno, hay que salir a cuchillo, lo dice la palabra, pero ¿hemos, he podido? ¿O qué es salir a cuchillo? ¿O a dónde va una situación-límite si es que su propia definición es un hermoso puente de plata a mi fatal y afectuoso individualismo? David, David retírate a tus aposentos y déjate vencer por el sueño; creo que incluso ahora, en el presente número de nudismo intelectual, también estás mintiendo, lo justo para ser honesto y toda la fanfarria, pero no eleves excesivas ilusiones, está cobrando el aire de un hábito vicioso, muy mal asunto. ¡Qué maravilloso logro el de silenciarme el cerebro hasta los bordes del vacío, tan sólo durante media hora! El cerebro y los ojos, los ojos y el olfato, el tacto, no gustar ni oír y huyan de la memoria los trapaceros corpúsculos recordatorios, y caliéntense al má-

ximo los motores impensantes, silencio por exacerbación de las meninges.

Du tabac. El sopor de la tienda es ya angustioso. A medida que invento posturas nuevas son más dolorosas, empiezo a tomar en cuenta el tirarme por un barranco y hallar la paz. ¡Chssst! No hay más que arena en el suelo de la tienda y yo, Sísifo, expulso y expulso desde que nos instalamos. Florence, te enfadas por esas cosas, no soy un vago, lo he intentado con el pañuelo y estuviste a punto de matarme porque regué el suelo de agua pero te juro que sigo convencido de que era la única solución para limpiar el suelo de una maldita vez. Florence, quizá se pueda arreglar nuestro desastre, de pronto reconozco muchas cosas y a lo mejor es útil, no debemos creer en lo irreversible; los hechos son irrecuperables pero no condenan la situación ¿no es así? si queremos, si tú quieres también, es como luchar, no lo he hecho, muy gracioso; digamos: tan ocupado estaba en deslindar la situación-límite famosa que olvidé mantenerla (David, por favor, no te hagas la llorona). *Du tabac,* cien veces, ojalá pudiera hechizarme con el humo y dormir al otro lado del calor. No es agradable levantar la cremallera y asomar la cabeza en el gran silencio de la gente jugando a las cartas. Salir a gatas, cerrar la cremallera y todo el cansancio se desploma a los pies, te desnivela, caer y dormir. Ayer Florence compraba postales y yo la observaba tendido donde estoy; por qué postales ¿pensabas regresar a tu antiguo hogar alguna vez? Debías estar tan expulsada de él como yo del mío, no volvimos a hablar de ello desde la boda... quien sabe, los padres acogen siempre si uno llega cabizbajo, paciente y desembarazado de lo que a ellos les turba, y así son los reingresos en el infierno. ¿Dónde podría haber ido Florence? No al hogar, a Paris quizá, una vida tan turbia y propia como la actual pero sin mí (acaso no), estamos tan bajos de alicientes que podemos considerarlo medianamente magnífico. Trabajos en alguna 100.000 chemises, una tienda de discos, ¡ya lo tengo!, una discothèque, y además es solución española si se desea, *go-go girl,* rentaría bastante más que la siniestra academia, sus reprimidos y raídos profesores, el pajerío de los alumnos, pero tú, Florence, emperrada en la falda corta, hubiese querido ser profesor a la salida, en el ratito de los tintos en el bar de abajo a la diez de una jornada ya inexcrutable, triste ambiente, no desearía volver a mi antiguo bachiller, cera, tinta sucia y retretes, gruesos jerseys con coderas, la estufa, los techos altos, un viejo piso donde agonizar, en esencia el paisaje moral de mi bachillerato es el mismo de tu academia de barrio viejo, señora profesora de francés. Florence, ya no puedes hacer nada, se cerró, de-

trás de ti o delante de mí, la puerta condenada ahora; los efectos son los mismos, las consecuencias no. Estoy en el portazo, como tú, no sé si animarme o desanimarme, ya veremos. Ahora me gustaría saber por qué escribiste la nota diciendo que estabas arriba en el cruce y subiera a buscarte. Cuando llegué a lo alto parecía una cita para alejarme mientras unos buenos cuernos son colocados en su sitio, daba lo mismo y sólo me irritó por la trampa de alejarme en sí, no creo que fuera a darte de palos por recibir a cualquier otro; Florence, son inútiles y agotadoras esas niñadas de enviarme al alto para volver con la noche encima después de haberte buscado un largo rato; Florence, de qué sirve emborracharse desmesuradamente en el bar al final de la broma como los restantes noctívagos del *camping* hasta quedarse fritos en sus asientos. No creas que es divertido andar arramblando contigo por la playa como si fueras un saco de plomo que cae y ríe estúpidamente, en aquel estado no podrías ni hacer el amor, sólo caer de culo y reír, brillante espectáculo. Confieso que no tenía intención de entender estos números, si hubiese algo al final acaso mereciera la pena hacer el ridículo tan pavorosamente y además no hay tanto dinero como para soltarlo en el puñetero bar y sí hay supermercados donde cuesta once pesetas el litro de un tinto pasable, luego dos sobres de Alka-Seltzer y adelante la noche; en cualquier caso supe que soy menos abierto de lo que confiaba ser, caminar toda la noche detrás de ti, conociendo un poco la gente de alrededor de tu mesa de borracha solitaria, tratemos de no explicarlo, por favor, sólo vuelvo a preguntarte el valor de las cosas ejecutadas así, por primera vez miento con todas las consecuencias, justo en un soliloquio de sinceridad. Florence, me deprime recordar así porque encima de la razón de los hechos está tu realidad de dos litros de vino, tu puerta condenada y la ebriedad es una ternura desesperada, una humanidad exasperante, no sé si soy cruel meditando con este amago de razonador dentro del cuerpo. Pero en última instancia necesito cubrirme, o embriagarme de alguna manera o citarte en el alto mientras yo permanezco derrumbado horas y horas, sobre la arena hasta que el mar me expulse de noche cerrada, la misma cuestión por la que ahora estoy en el alto solo, otra vez y hoy, deseando no permanecer sentado dominando el valle y la llegada del mar, fumando, la nostalgia es ahora venenosa para mí, quisiera una pelota de goma y patearla en la playa no sé cuánto tiempo, todo, ver amanecer desde la arena y ya no pensar más, no vivir sino para un silencio vacuo e inmutable, comer y dormir, no soñar, no aguardar, nada. Este infierno de sabor de boca, intoxicado de tabaco hasta los pies, no puedo borrarlo ni con envites de café o limonada, me produce una sensación de estigmatizado, Flo-

rence, no quiero cargar con tu vida, no deseo cargar con nada de aspecto humano, capaz de sentir y recordar, es eso y no me ataca ninguna pesadilla de golpe ni estoy insolado, ya está bien de fomentar la congestión, y acabemos. Estoy despierto y bajo del alto a la playa, de noche cerrada como anoche cuando me engañaste con un papelito garrapateado de cuadernos de rayas y, por última vez, estabas aferrada y ebria en tu mesa de la terraza de noctívagos y alcohólicos temporales. Me encuentro tan absolutamente despierto como hoy por la mañana al divisar tu cuerpo envuelto en el saco, de espaldas, al invadirme la tristeza, o la ternura, o la piedad, lo que me empujó a despertarte besándote largo y despacio, acariciando en realidad mi presentible sentido de la culpa y, de pronto, descubrir, como el estupor de un incontrolable e intenso dolor, la sangre que ya había coagulado en tus muñecas y luego por todo alrededor, Florence, no sentí miedo, horror, o soledad, sólo un dolor ciego y permanecí como la persona que acaba de abrir sus ojos a la mañana y observa atenta, comienza poco a poco a sospechar que, todo cuanto le rodea, de súbito, es espantosamente natural.

Aquí, debajo del alto, a la mitad de la carretera de bajada, por un boquete entre los árboles vése el *camping* extendido sobre la arena, pedacitos predominantes de colores azul y naranja. Supóngase que entre tanto alguien hubiera descubierto el cadáver de Florence en la tienda y ahora se estuviese armando un revuelo de todos los demonios, batidas de la Guardia Civil y vecinos por el monte, etc. No me produce el menor miedo. No niego que pudiera estar aterrado cuando sucediese, fabricando coartadas para el caso de que no aceptaran el suicidio. En fin, si se les ocurre sospechar de un crimen ya encontraré la manera de arreglármelas, no me preocupa mucho en tanto Florence ciertamente se ha suicidado y hay destrozos mucho más graves por aquí dentro que una situación equívoca y rocambolesca, naufraguemos en otro escollo. ¿Qué hacer ahora, Florence? No deberías haberme enfrentado con la muerte así, vas a desaparecer de la tierra y no puedo soportar tu cuerpo inerte, perdido, no huido, lejos, junto a algo otro, muerto. Florence ¿cómo se puede morir? ¿Cómo puede franquearse así en un sólo acto la destrucción? Sospecho que comienza a ser preferible la tortura a la nada, oh, siempre, siempre antes que no ser, todo, cualquier cosa. Si supieras la totalidad del contenido, el significado de *desaparecer,* si pudieras estarlo sintiendo desde mí como ahora... No, no entiendo, mortalmente incapaz de comprender, he temblado ante la muerte de un perro pero no la he sufrido, después. Tu cuerpo, Florence, no se mueve. Tus ademanes, tu

ropa, el sonido del despertador en tu mesilla de noche, las tazas de loza, los pañuelos sucios, ya no existe nada. Florence, te he penetrado con todo el amor del mundo y ya no me sirve de nada, he seguido el rastro de tu cuerpo con mis dedos: ya ha dejado de ser, no sirve, no existe, no puedo expresarlo, no tiene sentido el recuerdo y sí una dirección, su base: el dolor, malditos recuerdos. El bulto, las manchas de sangre sobre la lona azul, definitivamente no quisiera moverme jamás de aquí arriba, hay algo tan horrible delante como realizar todos mis actos cotidianos sorprendidos de pronto en un desierto de arena: ridículamente inútiles. Tu muerte tiene la misma frialdad exacta de una lapa arrancada de la roca, también la misma piedad exterior que a veces he sentido por la lapa, la piedad que me impele a devolverla a la roca y asombrosamente se aferrará de nuevo, va a sobrevivir. Florence, nos distinguimos de los animales, de estos animalitos, en que ellos no pueden suicidarse, permíteme un pequeño sarcasmo que contribuya a tu inexistencia. No, no quiero bajar porque habremos de avisar a medio mundo, el juez y la Guardia Civil, organizar la turbamulta y olvidarme de ti y de mí para formalizar montañas de asuntos y papeles y detalles. Imagina, formalizar, es lo más correcto en los momentos presentes durante los cuales soy un circunspecto viudo, y de ahora en adelante. Déjame pensar porque es probable que la tortura valga menos que la nada, ahora que tras tu nada va a dar comienzo mi tortura. Si yo fuera el feliz creyente de los tiempos colegiales estaría invadido de consuelo y resignación, pero es probable que fuera el mismo miserable sujeto que exteriorizo, aunque mejor vestido, sí. En mi papel de David-hoja-de-árbol o David-a-extinguir-por-toda-la-eternidad tan sólo permanece un sentimiento irracional de inmortalidad y una conciencia del horror continuo, o de la vida, si prefieres, ten compasión de mí, Florence, tú que ya has finalizado. Es preferible dormir, deslizarme por el banco de piedra del alto y dormir, despertar al frío de la madrugada y alzarme, bajar a recoger tu cuerpo, olvidar que has muerto y empujarte hasta el fondo de la tierra. *Du tabac.* Si termino la cajetilla tendré que bajar a por más y está claro que ya no subiré otra vez, el tiempo aquí arriba va medido, es el de los dos últimos cigarrillos. Comenzaré a bajar. Es muy fácil dejarse caer a plomo por el acantilado, con toda seguridad no llegaría vivo abajo. Y si lo hiciera no sería por tu muerte, Florence, sino por una razón más turbia y más irónica: volver abajo es cargar con tu cadáver al fin del mundo, probablemente no tenga dinero para trasladarlo a Lyón, probablemente no lo tenga ni para sacarte del área del *camping* y van a encajarme días de interminable pesadilla, vueltas, interrogatorios, *tortura,* y nunca he sido penitente. Florence,

no estoy dispuesto a purgar así, sólo dispuesto a esperar aquí el retroceso del tiempo y podamos salir al bar, me emborrache contigo y nos derrumbemos sobre la playa al amanecer. Florence, no dejes que ellos se metan por medio, te instalen en una sucia caja y embarques a Francia, o acabes con tus huesos en una fosa civil de las cercanías de este *campings*, yo detrás compungido, firmando papeles, haciendo juramentos inexplicables y macizos, mostrando el libro de familia, no me obligues a ir abajo para conocer que hasta en los últimos actos rituales estás también lejos de mí, me has colgado en la pirueta perfecta de una venganza por la cual no te sajaste las venas. Desvarío. *Du tabac.* Florence ¿no puedo hacer las cosas de otro modo? No acompañarte a la famosa tumba como un poste sino hacerte volver a la tierra con algo más de gloria de la que trajiste, con un poco más de fantasía. Hablo en un lamentable e irreversible tono de resignación, doy tu muerte por sucedida y ninguna evolución especial ha sobrevenido, gradual y lógica para llegar a este estado sino que de pronto estoy más cansado que antes, cazado, mejor bajar y comenzar la actuación a tu alrededor. Los recuerdos son accidentes por supervivencia de la memoria. Y de nuevo las tazas, la falda tableada, el chasquido del interruptor... como un caleidoscopio mareante, nauseabundo en su rodeo del dolor avecinable, ecos que regresan a su origen contigo, ecos que permanecen, una macabra y lacerante danza inseparable de la vaciedad. Estoy triste, Florence, tan triste que creo que está lloviendo, el sonido depositado en la hierba nos ayudaba a dormir; Florence, cómo no voy a volver sobre el vello rubio y minúsculo en las ingles, los labios dormidos, la cicatriz, el olor de tu ropa, las medias colgando del aro de la ducha, la sucesión de tu cuerpo a diario dos años es la clave de la desesperación inmediata, el saber a la larga, intuirlo ahora, que sí los he vivido pero *no son,* vivido para... nada y, además, David, quizá es que no has hecho nada más, entrégate de una vez. ¿Entiendes? No, no. Mi madre me enviaba al colegio con un bocadillo de mortadela para media mañana; a las ocho en invierno hacía un frío espantoso por la calle y estaba muy oscuro, el suelo cubierto de agua y movible, como charol, nos alumbrábamos con los faroles de la calle. Salir de casa como si en ese momento hubiesen abierto el portal era entrar en otro mundo, hostil y bocadelobo, con las narices y orejas cubiertas por la bufanda, el paso rápido combatiendo el sueño, el dolor de las legañas, y gente y un gran silencio rasgado de chirridos. Me recuerda una gran pena ese pobre niño, una piedad enorme de volver a encontrarle (algunas veces sucede) en el metro observándome con los ojos muy abiertos por encima de la bufanda y el abrigo que le congestionan, colgándole el carterón, sujeto

a la barra de la puerta, apretando con fuerza a ratos, relajado otros, el bocadillo, cubierto de color marrón, desvaído y mierda, creo que no te he contado nunca estas historias, era más simple y tenía mucho miedo a perder el dinero del metro, quizá te hubiera gustado conocerme entonces, seguro que me habrías querido mucho más... perdón, es una macabra broma. Sí tendrías una gran piedad y me harías daño, siempre se les hace daño, creo que por eso no he deseado tener un hijo. Basta.

Aguilas sobrevolarían la cumbre de la montaña, dos. No fuera malo volverse un poco águila y planear sobre todo alrededor, incluidos yo mismo, David el vivo, y mi esposa, Florence la muerta. Hay un ser en mi casa de cuerpo presente y yo soy el espíritu ausente que quisiera ser no más lejos de ahí, por ello doy vueltas como una modesta peonza descolorida levemente con el uso. Debería descender, pero de mi propia cabeza, y ayer tarde solicité a Florence que por favor me lavara la cabeza esta mañana; la cazuela con el agua para calentar aún debe estar sobre el hornillo, y el champú para cabello graso junto al jabón en el lavabo. Probando pequeños botes con el culo en el suelo resuena la loseta partida, lamento descubrirme, mi hogar madrileño es tan escaso y sucio que me avergüenza darlo a conocer. No es bueno que el hombre esté solo, haré un David a mi imagen y semejanza y le enviaré a un cine refrigerado. Esto es cruel, despiadado, alucinante como caminar por un desierto ardiendo de ira, creo que voy a estallar de pronto y demolería esta casa para calmarme, existen los recuerdos, este macabro ronroneo de lo perdido procedente del cuerpo mismo, e indestructible, qué tentación de acabar, como tú has hecho. Chsst. Todo el color de esta habitación se lo ha comido el calor, y los barrotes de la cama donde yaces, Florence, es tremendo. Se hace necesario ir teloneando el drama en tres actos de personaje único que represento tan cuidadosamente desde hace un buen rato, purgación o masoquismo, a la gente le cansa mucho más de lo imaginable este tipo de escenificaciones, pero no dudan que el esfuerzo interpretativo es la cima del arte de las tablas ¡un actor para toda una obra! Debo terminar, pero de alguna forma extraña, brillante sin llegar a la espectacularidad, sobrio y afectivo, palabras justas, gestos adecuados, envidiable vocalización, los ingredientes necesarios para el gran público en las galerías colmadas. *Du tabac.* Con un buen *pick-up* tendría que escuchar ahora el adagio del concierto de Brandeburgo número uno; naturalmente nunca hemos comprado un *pick-up,* qué vitalidad tan insolvente la nuestra. Oh, vitalidad ¿qué ha sido de mi vida en estos últimos años? Santo cielo, en unos años habremos muerto todos, es una antigua tradición. Has concluido

de una forma innoble, con tu permiso, o dicho de otro modo jamás te perdonaré que no me hayas hecho recoger tus últimas palabras. En definitiva todo está bien y es correcto que no tenga nada que ver con tu muerte, que esté situado en el lugar de destino del sorprendente telegrama matutino, y eso es así porque es nuestro amor más desdichado, porque has tenido que levantarte de madrugada, escoger una de mis cuchillas de afeitar, calentar un poco de agua y apoyar la frente en el espejo, entrecerrando los ojos para evitar unas lágrimas. Oh, Florence, no, calla, perdóname, supongo que lo más espantoso de todo fue la necesidad de sigilo que te impusiste. *Du tabac.* Voy a escribirte una carta, es lo más fácil y siempre tan inexacto. Querida Florence: Todo es curiosamente fúnebre en estos momentos; duermes mientras yo permanezco con mi cantidad de recuerdos y, sobre todo, con la ausencia de los más necesarios, de los *tuyos,* sabes muy bien. Es tan cierto haberte engañado que ahora me produce risa y, además, no estoy convencido de aceptarlo, engañado en nuestra forma de vivir, así pues lo único grave. En casa hace un calor del infierno y tú has manchado el colchón con la sangre de las muñecas, seguro que no va a haber modo de limpiarlo y si lavo el colchón ya me explicarás cómo duermo, tengo los riñones destrozados por tu culpa, llevo horas sentado en el suelo frente a ti, las baldosas están calientes; reconoce que no es una buena ocasión para que solicite perdón. Además, yo estaba al lado, durmiendo mientras actuabas por la otra cara de la pared manipulando la cuchilla, consumiendo los últimos ademanes antes de volverte a la cama, no lo entenderías, para qué seguir. No he asimilado aún que haya sucedido, como es verdad que esta mañana no vamos a pelearnos porque no he hecho la casa, que me toca. Se debe estar bastante incómodo ahí muerto de cualquier manera, sin poder contestar a mi retahíla monologal. Hay una cantidad bárbara de moscas, estoy continuamente levantándome para que no se arremolinen junto a tus muñecas, deseo coger a una y arrancarle las alas, quemarla con la punta del cigarrillo y luego tirarla a la calle para que la atropelle un automóvil mientras me lavo las manos con asco. No he pensado en mi muerte en ningún momento, ¿significará algo? Te amo, Florence, entristecido al pensar todo lo que me has amado tú y este final y... No tengo ninguna gana de hablar contigo, comienzo a estar harto, tengo necesidad de salir y caminar por Madrid hasta las dos o las tres o las seis de la madrugada, volver luego con la policía, liquidar, limpiar un poco el colchón y dormir, dormir así como dos días enteros. Horrible, la señora de arriba ha vuelto a largar todo el volumen de la radio, mierda de pisos interiores. Tenemos encima (oh, perdón) tengo encima un cúmulo de detalles que parezco la tipificación de la miseria, y qué cansancio, y pesadez, y aburrimiento, estoy

seco, sin una puñetera bebida en casa, acabemos de una vez, pero el calor, aguardar, aguardar hasta que se derrita el mundo y salir a dar una vuelta por la espesa pasta de escombros. *Du tabac.* Florence, Florence, qué bonito suena, me gustó mucho entonces. Y bien, ya no hago otra cosa que repetirme, zumba y zumba, avispa deshidratada dando vueltas a tu alrededor, y además estaba escribiéndote una carta, no sé donde me he quedado, pero el sol permanece inmóvil desde el mediodía. Buena suerte, lo siento, es una forma de decir, por favor, ¡ayúdame a callar! Cuando emplee el famoso concepto, *nada,* ya sé que lo engrosas desde ahora, será más entrañable, claro, me muero de calor, Adiós y adiós. Te quiere, David.

José María Guelbenzu
Illescas, 145
Ciudad Parque Aluche
Madrid - 2